

«universo, y á pesar de su grandeza, no desprecia las oraciones de «sus hijos.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «El mar le pertenece, la tierra es obra de sus manos; él nos crió á todos, y nosotros no hemos temido ofenderle. Pos-trémonos de hinojos, derramemos en su presencia lágrimas de amor «y de arrepentimiento; pues somos su pueblo, somos la oveja que- «rida que come en su mano.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «El Señor nos invita, no seamos sordos á su voz, por «temor de que nos suceda como á los israelitas del desierto.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «Los cuales estuvieron en las soledades durante cua- «renta años, y fueron condenados á no ver la tierra prometida.»

El coro: «Venid, adoremos.»

Leed todos los poetas antiguos y modernos, buscad y rebuscad, y decid si es posible hallar nada tan bello, tan sublime, tan tierno como este magnífico diálogo! Tan poética plática, propia para formar en el corazón el espíritu de oración, termina con un grito de amor hácia la santísima Trinidad: *Gloria Patri*, etc.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber institui- do el santo día del domingo; mas para mí que para Vos debe aquel día consagrarse á la oración; hacedme la gracia de que lo santifi- que cumplidamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré comprender bien las ceremonias de la Iglesia.*

LECCION VIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Maitines (continuacion).—Himno.—Anlífona.—Salmos.—Versículos.—Bendicio- nes.—Lecciones.—Responsorio.—Diferencia de los Maitines de nueve y de tres lecciones.—*Te Deum*.—Versículo sacerdotal.—Láudes.—Capítula.—Him- no.—Versículo.—Cántico.

I. El himno.—Después del *Gloria Patri*, este grito de amor y de alegría dirigido á la santísima Trinidad, después de la repetición del invitatorio, canto de gozo ó de tristeza según el misterio que se celebra, viene el himno destinado á alabar á Dios, á elevar los pen- samientos y afectos, á formar ó á robustecer en nosotros los senti- mientos y las virtudes que debe inspirar la fiesta del día; así es que para cantarlo todos los asistentes están de pié, todos los corazones se regocijan y todas las voces se reúnen.

«Tres cosas, dice san Agustín, constituyen nuestros himnos: 1.º «la alabanza; 2.º la alabanza de Dios; 3.º el canto¹.» Su uso data de los primeros tiempos del Cristianismo; nuestros padres en la fe cantaban himnos en sus cenáculos y en las Catacumbas, y en esto seguían el consejo del mismo san Pablo². San Crisóstomo fué el primero que estableció que se cantasen los himnos durante el oficio de la noche, por la razón que va á leerse: Durante la noche los ar- rianos recorrían las calles de Constantinopla cantando himnos en los que respiraban sus doctrinas impías, y al salir del oficio los cristia- nos encontraban á aquellos herejes y debían escuchar sus voces; así es que para prolongar el oficio hasta que los arrianos hubiesen vuelto á sus casas, y al mismo tiempo para afirmar la fe de los fie- les por medio de cantos ortodoxos, el santo Patriarca añadió los himnos en los Maitines y en las Láudes³.

En Maitines, el himno precede á los salmos, al contrario de lo

¹ S. Aug. *ad Psalm.* LXXII; S. Greg. Naz. *Carm.* xv.

² Coloss. III, 16; Ephes. v. 19; Euseb. *Hist.* lib. II.

³ Socrat. lib. VI.

que sucede en Láudes, en Vísperas y en Completas, y los precede en Maitines, porque la mañana pertenece á los justos que sienten la alegría de una buena conciencia, mientras que la noche es propia de los penitentes cuyo pecho experimenta el aguijón de los remordimientos. La alegría conduce á los primeros al trabajo, figurado por los Salmos, como diremos luego, al paso que por el trabajo deben los segundos alcanzar la alegría. Los himnos se cantan en pié, para manifestar con la actitud del cuerpo que nuestros corazones deben estar elevados á Dios, mientras que nuestra boca entona sus alabanzas; de modo que todo en el culto externo nos recuerda la necesidad del culto interior; todo parece repetirnos estas palabras del divino Maestro: *Los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y en verdad*¹.

II. La antifona.—Terminado el himno, el oficiante entona la antifona, que consiste en un canto alternativo ejecutado por dos coros que se contestan uno á otro; la antifona significa el amor de Dios, y el salmo el trabajo de las buenas obras. El oficiante entona la primera palabra de la antifona á fin de animar el salmo, es decir, el trabajo por medio del espíritu de caridad, sin el cual de nada sirve el trabajo. Cantado el salmo, todo el coro entona la antifona, á fin de mezclar constantemente la caridad á la fe, cuyas obras solo son eficaces en cuanto existe aquella, de modo que las dos grandes virtudes del Cristianismo están aquí como dos hermanas ocupadas en la misma obra, dándose la mano y ayudándose mutuamente. El sacerdote que canta solo la antifona recuerda á Jesucristo, del cual nació la caridad, y el coro que la canta al fin del salmo indica la efusion de la caridad de Jesucristo en todos sus miembros. El canto de las antífonas data de la mas remota antigüedad y proviene de un origen infinitamente respetable; san Ignacio, mártir, gloria del Oriente y héroe del siglo II, oyó á los espíritus bienaventurados cantar antífonas á coro en la Jerusalem celeste, y habiendo explicado su revelacion, establecióse la costumbre de cantar antífonas en la Jerusalem terrestre².

III. Los Salmos.—El papa Gelasio estableció que despues de la antifona se cantasen los Salmos, cánticos divinos que recuerdan los sufrimientos, los trabajos, los combates de un rey perseguido, el

¹ Joan. IV, 23.

² Durando, lib. V.

gozo y la felicidad que experimenta por la proteccion del cielo, al mismo tiempo que expresan con vehemencia los sentimientos de la gratitud mas acendrada. Cánticos proféticos, dicen las penas, los trabajos y los combates, el triunfo y la gloria del verdadero David, de la Iglesia su esposa, y del alma fiel, su hija querida é imagen viva: así pues, hay cuatro voces en los Salmos: la de David, la de Jesucristo, la de la Iglesia y la del cristiano.

Es, pues, evidente que los Salmos representan el trabajo de la vida, la labor de las buenas obras; la palabra salmo significa canto que se acompaña con el instrumento llamado salterio: *Tañed salmos al Señor con el salterio de diez cuerdas*¹; misteriosas palabras que indican que debemos alabar á Dios cumpliendo sus diez Mandamientos, pues únicamente alaba dignamente al Señor aquel que observa su ley.

El papa Dámaso determinó que los Salmos fuesen cantados por dos coros; ¡institucion admirable! En efecto, ¿no os parece ver á los Santos de la tierra excitarse alternativamente al trabajo de las buenas obras, comunicándose sus alegrías y sus esperanzas, sus lágrimas y sus suspiros, su gratitud y su amor; dirigiéndose sin cesar las fervientes preces que elevan al Dios protector del débil, apoyo del huérfano, padre del pobre, consolador del afligido y remunerador del justo? ¿No os parece ver el cumplimiento de aquel precepto del grande Apóstol: *Llevad los unos las cargas de los otros*²? ¿No os parece ver á los Querubines divisados por Isaías, que, colocados delante del trono de Dios y con la faz velada con sus alas, gritanse uno á otro: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; la tierra está llena de su gloria*³?

Los Salmos, lo mismo que las antífonas, se cantan en pié, para expresar el ardor en el trabajo, el celo del bien; al cantarlos los canónigos en todas las Horas del oficio se apoyan simplemente en sus siales, excepto en *Completas*; luego explicaremos la causa de semejante excepcion.

Cada salmo va seguido del *Gloria Patri*: 1.º para glorificar á Dios por el bien que acaba de obrar; 2.º para recordar al hombre la augusta Trinidad, de la cual procede todo, y á la cual todo debe vol-

¹ Psalm. xxxii, 2.

² Galat. vi, 2.

³ Isai. vi, 3.

ver; 3.º para repetirle que la fe en la santísima Trinidad es el fundamento de la vida cristiana; 4.º para manifestar que en todas circunstancias, así en la alegría como en la tristeza, así en el trabajo como en el reposo, deseamos bendecir y alabar al Señor.

IV. Los versículos.—Después de cada nocturno vienen tres lecciones, las cuales van precedidas de *versículos* y de *bendiciones*, cuya explicación debemos hacer ahora. El versículo es una corta máxima, una frase expresiva, una advertencia dada para atraer la atención: pues como puede suceder que durante el rezo ó canto de los Salmos, que á veces dura bastante tiempo, nos abandonemos á la distracción ó á la languidez, el versículo cantado por una sola voz tiene por objeto advertir con tal variación á los asistentes, y hacerles prestar atención á lo que va á seguir. ¿Qué pensáis de esto? ¿Conoció ó no la debilidad humana la Iglesia vuestra madre al establecer un orden semejante? ¿Habráis hallado mejor medio para mantener la atención del espíritu y la devoción del corazón?

Al versículo cantado por una voz infantil sucede el *Pater* entonado por la voz grave del oficiante, y se dice el *Pater* porque sigue acto continuo la lección; y ¿cómo puede el hombre, que necesita sabiduría é inteligencia para comprender y gustar las verdades santas, dejar de pedir las al que las da en abundancia y sin reprensiones? El *Pater* se reza en voz baja para excitar el recogimiento é indicar que hablamos solos con Dios, y finalmente para manifestar que sin el auxilio de la palabra oye los votos de nuestro corazón. Al llegar á estas palabras: *Et ne nos inducas: Y no nos dejes caer en la tentación*, el sacerdote eleva la voz á fin de explicar á todos el por qué se reza el *Pater*, y de impedir que el lector y el oyente sucumban á las tentaciones del enemigo durante la lectura; tentación de vanidad para el uno y de distracción para el otro.

V. Las bendiciones.—Al *Pater* sigue una corta oración llamada *bendición*, cuyo objeto es obtener lo que se acaba de pedir por medio de la Oración dominical; en ella se invocan sucesivamente las tres Personas de la augusta Trinidad.

Trátase ahora de saber quién será digno de leer la palabra de Dios, y levantándose uno de los asistentes y volviéndose hácia el oficiante, representante de Jesucristo, le dice en alta voz: *Jube, Domne, benedicere: Ordenad, Señor, la bendición*; es decir, ordenad

que sea anunciada vuestra palabra de bendición¹. Esta pequeña circunstancia que encierra una lección de la mayor importancia, pues nos enseña que ninguno en la Iglesia debe ejercer ministerio á menos de ser llamado á él por la autoridad legítima; y no solo para el estado eclesiástico son necesarias las vocaciones y las misiones divinas, sino también para las diferentes profesiones de la sociedad. ¿De qué provienen muchos de los males que nos atormentan, sino de que casi nadie está en su lugar, ó no quiere permanecer en él? Volvamos, empero, á nuestro asunto. Á la demanda de bendición que se reitera antes de cada lección, el oficiante contesta con oraciones hechas para interesar á toda la Jerusalén celeste en el buen éxito de la santa lectura; ya solicita que el Señor se digne abrir nuestro corazón á su ley, por temor de que las santas palabras que vamos á oír sean como una semilla que las aves del cielo arrebatan, que las espinas ahogan, ó que los transeuntes huellan, ya solicita que seamos admitidos en la felicidad de los Santos cuyas virtudes vamos á escuchar. El sacerdote nos desea todas estas cosas en nombre de Dios, manifestando con ello que no es á él, hombre pecador á quien toca bendecir, sino al que solo entre todos es bueno, es decir, perfecto, y autor de todo bien.

VI. Las lecciones.—Atentos los ánimos, obtenida la bendición, y solicitadas las gracias de inteligencia y de sabiduría empiezan las lecciones, las que se componen, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, ya de los comentarios de los santos Padres y de los Doctores, ya de la vida del Santo cuya fiesta se celebra. La Escritura es la ley, los escritos de los santos Padres su explicación, y la vida del Santo su aplicación. Imposible es imaginar mas completa instrucción, y para escucharla mejor toman los asistentes asiento y guardan un profundo silencio. ¿Hay acaso en el mundo palabras que merezcan mas esta actitud de recogimiento y de respeto? Las lecciones terminan con estas palabras: *Tu autem, Domine, miserere nostri: En cuanto á Vos, Señor, tened piedad de nosotros*; ¡tierna confesión de nuestra miseria! «Si, Dios mio, dice el lector, perdonad las faltas que han podido introducirse en esta lectura; á mí, los

¹ La palabra *Domne* es una corrupción de la palabra *Domine*, que data del siglo IX ó X.

«sentimientos de vanidad ó de negligencia de que me he hecho culpable; á mis hermanos, las distracciones y el poco fervor con que «quizás han escuchado vuestros divinos oráculos.»

Los asistentes contestan: *Deo gratias: Gracias al Señor*; cuyas palabras, que se refieren á la leccion, deben entenderse de este modo: «Si es un deber para el hombre dar gracias á Dios por el «alimento corporal que le proporciona cada dia, ¡cuánto mas sagrada es la obligacion de darle gracias por el maná de su palabra «con que alimenta nuestra alma! Hijos de Dios, demos gracias á «nuestro Padre celestial por el sustento espiritual que acaba de «darnos.» Hénos, pues, ya instruidos y agradecidos de la doctrina que acabamos de recibir; ahora bien, ¿qué medio mejor para manifestar nuestra gratitud que poner en práctica la santa palabra é imitar los bellos ejemplos que nos han sido ofrecidos? Á ello se obligan los asistentes por medio de los *responsorios* que se rezan luego despues de la leccion y por los dos coros alternativamente. Los responsorios de la leccion tercera terminan con el *Gloria Patri*, para recordarnos que todas nuestras oraciones y todas nuestras obras deben tener por objeto el fin último de todas las cosas, la santísima Trinidad.

Tal es el modo como se reza ó canta el primer nocturno, es decir, la primera parte de los Maitines. Durante los primeros siglos se decia á las nueve de la noche, en el momento en que los hombres tienen por costumbre descansar, y en muchas iglesias se rezaba sin invitatorio, puestó que lo rezaban solo los ministros, sin que el pueblo fuese convocado. Este primer nocturno se llamaba vela ó vigilia, en memoria de los pastores que velaban sobre sus ganados en los alrededores de Belen cuando nació el Salvador del mundo. ¡Cuántos misterios nos recuerda esta hora sagrada! La vela de los pastores, la tierna despedida del Salvador á los Apóstoles, su agonía en el huerto de Gethsemaní; y si la fe anima nuestro pecho, ¡cuántas efusiones de corazon, cuántas fervientes oraciones se mezclarán durante este primer nocturno con la sangre y prendas de amor de la Víctima inmaculada!

En las iglesias en que el pueblo no asistia al principio del oficio, el segundo nocturno empezaba por el *invitatorio*, porque á él eran convocados todos los fieles, hombres y mujeres. Tambien aquí hallamos una interesante tradicion, tambien observamos una tierna ar-

monía; ángeles de la tierra, los sacerdotes invitaban para la adoracion del Salvador á los fieles confiados á su vigilancia, así como los Ángeles invitaron á ella á los pastores de Belen. El segundo nocturno se cantaba á media noche; ¡cuántos misterios nos recuerda igualmente aquella hora sagrada! El nacimiento del Salvador, la invitacion de los Ángeles y la adoracion de los pastores, los sufrimientos del Salvador delante de los tribunales de Anás y de Caifás.

El tercer nocturno se rezaba á las tres de la madrugada, y esto por tres razones capitales: la primera á fin de honrar al Salvador en las ignominias de la terrible noche que pasó á merced de los criados y soldados; la segunda para implorar perdon de la sentencia de muerte pronunciada contra él en aquella hora por Caifás, y la tercera para expiar la negacion de san Pedro.

El domingo y en otras ciertas fiestas hay en los Maitines tres nocturnos, al paso que en los demás dias hay solo uno: esta diferencia procede de la solemnidad mas ó menos grande de la fiesta. En aquellos solemnes dias la Iglesia pone de manifiesto todas sus magnificas tradiciones, nos hace admirar sus bellas armonías, y pone á la vista de sus hijos la historia de sesenta siglos, con todos los sublimes ejemplos y lecciones de que es heredera.

«Hé aquí, dicen nuestros padres, la causa de la misteriosa distribución de nuestros solemnes Maitines: los tres nocturnos recuerdan las tres grandes épocas de la humanidad, á saber, la época «patriarcal, la mosaica y la cristiana; cada una de estas épocas se «subdivide en tres períodos, y por esto es que en cada nocturno hay «tres salmos, tres antifonas y tres lecciones, á semejanza de un poema «dividido en nueve cantos. El primer período de la época patriarcal «abraza desde Adan hasta Noé; el segundo desde Noé hasta Abraham, y el tercero desde Abraham á Moisés. La época mosaica nos «ofrece tambien sus tres épocas, y son: la primera desde Moisés á «David; la segunda desde David al cautiverio de Babilonia, y la tercera desde el cautiverio de Babilonia al nacimiento del Mesías. Finalmente, la época cristiana se divide en tres períodos, á saber: el «primero, que comprende la fundacion de la Iglesia por nuestro «Señor y su establecimiento por los Apóstoles, es el período de los «Mártires; el segundo, que abraza el tiempo de las grandes herejías y de los grandes genios así de Oriente como de Occidente, es «el período de los Padres de la Iglesia, y el tercero, que encierra el

«tiempo de paz que siguió á la extincion de las grandes herejías, es «el período de la Iglesia reinante¹.»

El número tres, tantas veces repetido, es un himno elocuente á las tres adorables Personas de la Trinidad, así como los nueve salmos son un recuerdo de los nueve coros de Ángeles y de todas las armonías de la Jerusalem celeste, en cuyos cánticos, su hermana menor, la Jerusalem terrestre, invita á todos sus hijos á mezclar sus voces, de modo que en nuestros dias solemnes de la voz del cielo y de la voz de la tierra se forma solo una que dice: «Santo, Santo, Santo es el «Dios de los ejércitos; los cielos y la tierra están llenos del brillo de «su majestad.» ¿Quién no ve en esto un manantial de santos y tiernos pensamientos para los fieles instruidos y piadosos, una fuente de sublimes inspiraciones para el poeta cristiano?

VII. El *Te Deum*.—El tercer nocturno termina con el *Te Deum*; himno, oracion, poema épico, el *Te Deum* es cuanto se quiere, lo mas bello que existe en lengua alguna. ¡Honor inmarcesible á vosotros, Ambrosio y Agustin, sublimes genios, ilustres Santos, que supisteis expresar las ideas de vuestra mente y los afectos de vuestro corazon como los expresarian los Serafines si hablasen la lengua de los mortales! Es tal la belleza del *Te Deum*, que los Protestantes, tan frios en sus oraciones y en su culto, tan enemigos de la Iglesia romana, lo han conservado exactamente.

¿Por qué razon se canta al fin del tercer nocturno? Porque todos los hijos de Dios, sacerdotes y fieles, acaban de alabar al Señor, de excitarse mutuamente á la caridad y al fervor; acaban de escuchar la lectura de la ley que ensancha el corazon; la historia de sus hermanos, glorificados ya en el seno del Padre comun; han visto palmas y coronas, una inmortal recompensa por un trabajo de corta duracion, y por lo tanto, llenos de tales ideas, prorumpen en acciones de gracias. No os cause admiracion el que canten el *Te Deum*; y el sonido de las campanas que antiguamente se mezclaba á su voz era una nueva expresion del gozo y del entusiasmo universales, una solemne convocacion que hacian á sus hermanos y á las criaturas todas para alabar con ellas á un Padre tan magnífico y bueno.

El *Te Deum* va seguido de un versículo llamado *sacerdotal*, el cual se dice igualmente en los Maitines en que no se canta el *Te Deum*;

¹ Durando, lib. V.

con él el sacerdote exhorta á los fieles á perseverar en las alabanzas del Señor; pues ¿qué otra cosa debe ser la vida del hombre sino un himno á Dios, himno de palabras, de sentimiento y de accion, empezado en la cuna para no terminar jamás?

VIII. Láudes.—Los tres nocturnos forman las tres primeras partes de los Maitines, y las Láudes constituyen la cuarta division, que, como hemos indicado, fué establecida para santificar las cuatro vigiliias de la noche. Antiguamente las Láudes se rezaban, y regularmente hablando deberian tambien rezarse ahora, al asomar el dia, y esto por las siguientes razones: 1.º porque nuestro Señor salió victorioso del sepulcro al asomar el dia; 2.º porque á la misma hora caminó sobre las aguas é hizo que san Pedro le imitase. La palabra Láudes significa alabanzas, y en efecto, en esta parte del oficio de la noche celebramos particularmente las alabanzas de Dios y le tributamos gracias: 1.º por la resurreccion del Salvador, milagro fundamental del Cristianismo, verificado en aquel momento; 2.º por las gracias que el Señor nos concede para andar como san Pedro durante la noche de esta vida por el borrascoso mar del mundo; 3.º por la creacion del universo, de la que nos traza una imágen la aparicion de la luz; 4.º finalmente, por el paternal cuidado con que Dios ha velado por nosotros durante la noche, y por su bondad en concedernos un nuevo dia.

Lo mismo que los nocturnos, las Láudes empiezan por la invocacion *Deus in adjutorium*, acompañada de la señal de la cruz, y seguida del *Gloria Patri*, del *Alleluia* y de la imposicion de la antífona. El *Gloria Patri* se repite al fin de cada salmo; pues así lo exige la gratitud; en efecto, hemos visto que los Salmos expresan las buenas obras, el trabajo cristiano, y ¿qué puede haber mas justo que dar gracias á Dios, de quien dimana toda buena obra, y que por consiguiente merece ser alabado *como en el principio*, cuando creó el cielo y la tierra, *ahora*, porque conserva el mundo material y espiritual, y *siempre*, porque la creacion solo por él subsiste y subsistirá, y *en los siglos de los siglos*, cuando habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, y Dios será todo en todas las cosas?

En las Láudes rézanse cinco salmos, ó por mejor decir cuatro salmos y un cántico; la razon misteriosa del número cinco, y la importante leccion que nos da la Iglesia al principio del nuevo dia, es la renovacion de nuestros cinco sentidos, es decir, la reparacion de todo nuestro ser por medio del Cristianismo, cuyos principales mis-

terios se han celebrado durante la noche. El domingo, despues de los tres primeros salmos, se entona el cántico *de los tres niños en el horno*, con lo cual la Iglesia ha querido recordarnos las tribulaciones que en todos tiempos han afligido á los justos, su gozo en medio de las adversidades, y la providencia que vela sobre ellos; su voz parece decirnos: «Al principiar este dia acordaos de que habeis «sido regenerados en Jesucristo; vivid, pues, santamente, velad sobre vuestros sentidos, guardaos de profanarlos. Os esperan duros «combates, pero no temais; todos redundarán en vuestra gloria; el «Señor que libertó á vuestros padres velará sobre vosotros, como os «lo prueba el cántico que rezais.»

Al cántico sigue el quinto salmo; su sentido y la razon del puesto que ocupa es la siguiente: los hijos de la Iglesia contestan á las promesa de victoria que la misma acaba de hacerles, y le dicen: «Lo sabemos, sí, serémos vencedores, y bendecimos é invitamos á «todas las criaturas del cielo y de la tierra á bendecir con nosotros «al Señor.» Por esto es que el quinto salmo de Láudes empieza siempre con esas palabras: *Lauda ó Laudate: Alaba ó Alabad*, invitacion de alabar á Dios que se dirige á los Angeles y á los Santos, á todas las criaturas inanimadas, á la Iglesia, á las naciones, á los hombres de toda tribu y de toda lengua, pues el hombre agradecido quiere que cuanto exista se una á él para bendecir al Bienhechor universal.

Despues del cántico de los tres niños en el horno no se dice el *Gloria*, en cuanto las augustas Personas de la santísima Trinidad son en él alabadas desde el principio hasta el fin ¹.

IX. La capitula.—Á la última antífona sucede la capitula, palabra que significa *pequeño capítulo, pequeña leccion*, y se compone de algunos versículos de la Escritura análogos al oficio del dia; siendo de advertir que la causa de que esta leccion sea mas corta en los oficios del dia que en los de la noche, está en que las ocupaciones del dia reclaman nuestro tiempo y nuestra presencia. Como la capitula se recita ordinariamente por el oficiante, no va precedida del *Jube, Domne*, ó de la demanda de bendicion. Además de la instruccion que nos proporciona, la capitula tiene por objeto reanimar el

¹ En ciertas iglesias las Láudes del domingo componen ocho salmos; como seria tarea excesivamente larga explicar las razones de semejante diferencia, véase á Durando, lib. V, c. 4.

fervor en el alma de los asistentes, con lo cual la Iglesia quiere preservarlos del castigo de los judios, quienes disgustados del maná, fueron expuestos á las mordeduras de las serpientes.

La capitula, particularmente en Láudes, es muy á propósito para inflamar nuestro valor, lo mismo para practicar el bien que para combatir al demonio; ya nos exhorta á permanecer fieles en la fe, ya á entregarnos á obras de misericordia, ya á revestirnos cual guerreros de las armas de la luz; entonces el coro, semejante á un ejército entusiasmado por la proclama de su general, se apresura á repetir con voz unánime: *Deo gratias!* «Gracias á Dios, tales son «nuestras disposiciones;» y como un valiente ejército que solo pide marchar al enemigo, entona el himno; el himno, expresion de su ardor, de su gratitud y de su ilimitada confianza en el Dios que si le llama al combate, es para conducirle á la victoria.

Terminado el himno viene el versículo, como un proverbio destinado á despertar en el mas alto grado el entusiasmo del soldado cristiano; una sola voz lo canta, y las demás contestan, y se hace así ya para fijar mas y mas la atencion, ya para manifestar la unanimidad de sentimientos que reina en todos los corazones.

Al versículo sucede la *antífona*. ¡Oh! ¡cuán bien colocada se halla esta expresion de amor despues del himno en que acabamos de cantar la victoria obtenida por los Santos, nuestros hermanos primogénitos, y la que esperamos para nosotros mismos! El amor, que constituye la union, constituye tambien la fuerza.

X. El cántico.—El hombre, frágil por naturaleza, es tan propenso á la desconfianza, que la Iglesia quiere tranquilizarle mas y mas, y por esto entona luego el cántico *Benedictus: Bendito sea el Dios de Israel*; cántico que contiene el cumplimiento literal de todas las promesas hechas por Dios á los Patriarcas y á los Profetas. «Hombres de poca fe, parece decirnos la Iglesia al hacernos entonar este cántico, ¿por qué dudais? ¿Acaso el Señor, por quien «vais á combatir durante este dia, ha faltado jamás á alguna de sus «promesas? Interrogad la historia de los siglos, y le veréis siempre «socorriendo con una mano á sus soldados y coronando con la otra «á los vencedores.»

Cantado el *Benedictus*, cifrada en Dios la esperanza del cristiano, como el áncora clavada en la playa retiene al buque en medio de las tempestades, se tributan gracias á la santísima Trinidad, diciendole *Gloria Patri*; de nuevo protestamos de nuestro amor sin límites

por medio de la repetición de la antífona, y finalmente le pedimos el cumplimiento de todas sus promesas en la oración que termina el oficio.

Y ahora, soldados de Jesucristo, casa de Dios, campamento de Israel, marchad al combate; nada os falta para coger laureles. ¡Ah! si rezamos las admirables oraciones del oficio con inteligencia y animados del mismo espíritu de fe que las dispuso, serémos al terminarlas, según expresión de san Juan Crisóstomo, como otros tantos leones que respiran fuego, y cuyo solo aspecto hace temblar á las legiones infernales. Y ¿por qué no ha de ser así? ¿De quién depende esto? De nosotros, de nosotros únicamente.

Oración.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las sublimes oraciones, por medio de las cuales estamos seguros de obtener todas las gracias que necesitamos, y os pido perdón por la poca fe con que hasta hoy he rezado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, diré con frecuencia como los Apóstoles: Señor, enseñadnos á orar.

LECCION IX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO

Oficio del día.—Prima.—Tercia.—Sexta.—Nona.—Vísperas.

À las culpables noches del mundo opone la Iglesia santas vigi-
lias; sus Ángeles en adoración delante de Dios, imploran misericor-
dia para los mundanos; alejan del redil en que todo duerme á los
rugientes leones, mas terribles en medio de las tinieblas que durante
el día; mezclan sucesivamente sus voces y sus armonías con las de
los Ángeles para honrar el nacimiento y la agonía del Dios de Belén
y de Gethsemani; mas ahora que ha pasado ya la noche, ¿qué harán?
La aurora con sus nacientes fulgores dora el alta cima de las
montañas; los pájaros celebran con sus alegres cantos la salida del
sol; las flores al abrir su cáliz exhalan un delicioso perfume que la
brisa de la mañana lleva al cielo, semejantes á millares de incensa-
rios de oro y de perlas encendidos delante de Dios. La naturaleza es
un templo; hé aquí á los músicos, hé aquí el incienso del sacrifi-
cio; todo se agita, todo renace; ¿qué harán los hijos de Dios, los
Ángeles de la oración? Mezclar su voz con la voz de la naturaleza,
pues el oficio del día empieza. Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vispe-
ras y Completas son las partes de que se compone.

El Salvador ha señalado todas las horas del día, lo mismo que las
de la noche, por otros tantos beneficios, y es preciso bendecirle por
tantos favores; como las horas de la noche, las del día imponen al
hombre varios deberes, y es preciso implorar la gracia para cum-
plirlos: este es en general el objeto del oficio del día, cuya exis-
tencia y división datan de la mas remota antigüedad¹. Entrémos
en detalles:

I. Prima.—Prima es la hora primera del oficio del día, y se llama Prima porque se rezaba á la primera hora de la madrugada, es decir, á las seis de la mañana, según el modo de contar de los antiguos. Esta hora fué establecida: 1.º para honrar á nuestro Señor

¹ Durando, lib. II, c. 7.